SECRETOS

Está nevando. Miro por la ventana y veo los copos caer. Pienso en diminutos pájaros bulliciosos y fríos. Vienes y me tomas de la mano. Apoyo mi cabeza sobre tu hombro y entrecierro los ojos. Es bonito ver nevar desde tu hombro. Vuelan los copos, su silencio hermético como un secreto blanco. Tu mano se mueve y, antes de soltar la mía, la luz la alcanza.

—Vendré pronto —me dices.

Me besas en la mejilla y sales a la calle. Veo tu abrigo negro moverse entre los copos. Tus huellas. La nieve las va borrando y pienso en el olvido que vendrá también a cubrirlo todo. Los recuerdos, esto que palpita, es decir, yo. O tú, que te pierdes ahora al final de la calle y, de pronto, te giras y agitas la mano.

—Adiós —te digo. Aunque no puedas oírlo.

Mi aliento emborrona el cristal. Con un dedo pinto un corazón, no sé por qué, y vuelvo a pensar en los secretos mientras la nieve cae dentro del corazón. Como si fuera una caja.

Al fin, también el vaho desaparece, y el corazón y las huellas en la calle.

Así acabará siendo siempre.

Por eso me he decidido a escribirlo, a contártelo.

Te sorprenderá que nunca te haya dicho nada de todo esto. Te sorprenderá que, más allá de nosotros, en mí, viva esta historia que me empuja y se agita como si fuera

116488_LaPartitura.indd 6-7 30/03/16 16:57

mía, produciéndome a veces un dolor tan semejante a la vida.

Cuando termines de leer estos folios, tendrás que responder a una pregunta. Una cuestión que en mí lleva tiempo debatiéndose. Aún no he tomado una decisión y me gustaría saber qué harías tú en mi lugar.

El tiempo pasa, todo muda, se corrompe, muere.

Muere, sí.

Pero hay cosas, tal vez, que perduran y puede que esta sea una de ellas.

No quiero que siga siendo un secreto más en el silencio de la tarde, alejándose como una pluma a la que nadie dará alcance. Perdiéndose con los otros secretos que nadie descubrirá. Es demasiado importante. Al menos, puede serlo para alguien.

Hay lugares por los que no se vuelve a transitar.

Abro la ventana y el aire me corta y me envuelve. Saco la mano y dejo que los copos de nieve se desplomen en ella y se licuen. Cuando cierro la ventana aún un copo medio transparente sobrevive en mi manga.

Me siento y escribo.

I
GANDALF

Se llamaba Daniel y era un anciano más de la residencia. Padecía, como muchos, de demencia. La nieve ya le había cubierto la mayoría de los recuerdos. Era testarudo como tantos otros, y la barba le llegaba casi hasta el ombligo. No era enteramente blanca, a tramos se volvía más bien gris y se ondulaba. Disminuía a medida que crecía, formando algo así como un larguísimo triángulo. A veces se le veía recogiendo los finos pelos en que terminaba su barba con la mano derecha, como una doncella sujeta las haldas de su vestido. Por aquella rareza todos le llamábamos Gandalf.

Nunca le visitó nadie.

Gandalf era uno de mis preferidos. Mientras le acicalaba o le daba la medicación le solía hablar de ti, de nuestros primeros encuentros. Sabía que todo lo olvidaba y podía contárselo una y mil veces. Y aunque esto ocurría con algunos de los ancianos que teníamos en la residencia,

116488_LaPartitura.indd 8-9 30/03/16 16:57

yo solo le hablaba de ti a Gandalf. Quizá por aquel aspecto de mago que le ofrecían las barbas o por esa mirada, a pesar de todo, tan honda. Tenía, aún no te lo he dicho, unos ojos pequeños y arrugados, de un grisáceo similar al de la barba, extrañamente profundos. En uno de ellos crecían las veladuras de las cataratas, ocultando la pupila bajo una nube blanca. El otro había sido operado hacía tiempo. Él aseguraba que veía el mundo difuso y amarillento por el ojo enfermo, y azulado y espléndido por el ojo operado.

—Veo dos mundos —decía—. El bueno y el malo.

Cuando estaba contento guiñaba el ojo de la catarata para adentrarse en aquellos violetas y verdes que, decía, cubrían el mundo. Cuando algo le apenaba, sin embargo, cerraba el ojo bueno y apenas veía lo que le rodeaba borrado por la catarata. Un mundo confuso.

Como su mente.

Yo le hablaba de ti, y ahora me doy cuenta de que entonces él movía los dedos como llevados por hilos invisibles, y eso también me gustaba. Tenía unas manos largas y finas, huesudas, con un tono grisáceo, como la barba y los ojos, y estaban cubiertas de venas gruesas y azuladas, semejantes a ríos. Cuando movía las manos, sus dedos, a veces, se acercaban hasta tocarse y otras, se separaban en el aire. Nunca hasta la tarde en que empezó todo entendí aquel movimiento de las manos.

Yo le decía:

—Hoy lo he visto. A Roberto. Íbamos por la calle Mayor Tatiana y yo, y entonces apareció. Al principio no nos vio, pero luego se dio cuenta de que estábamos allí, las dos, agarradas del brazo haciendo que mirábamos el escaparate y dejando escapar unas risas. Él se paró y se agachó para

atarse el cordón. Pero ¿sabe una cosa, Daniel? ¡No lo tenía desabrochado! Estaba haciendo tiempo para que pasáramos a su lado. Y eso hicimos. Entonces nos saludó y nos acompañó un tramo; él me miraba todo el rato y me sonreía. No vea usted lo guapo que iba. Pensará que soy una creída, Daniel, pero a mí me parece que se le van los ojos conmigo.

Tal vez te acuerdes de aquellas tardes, de esos primeros paseos juntos. Pues yo se los contaba a Gandalf, una, siete veces, y él movía las manos y asentía como si supiese mucho del amor.

No solía hablar demasiado, pero era simpático. En ocasiones decía palabras en un idioma extraño, frases que entonces creí inventadas y que ahora sé que no lo eran. Parecía que el viejo anciano estuviera diciendo conjuros. Yo le decía:

—Pero, Daniel, ¿de dónde sacará usted esas palabras tan raras? A ver si va a ser usted poeta o extranjero o las dos cosas.

Gandalf entonces parecía avergonzarse, como si no acordarse de quién era fuera solamente una torpeza suya.

Hasta que trajeron el piano.

116488_LaPartitura.indd 10-11 30/03/16 16:57